



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

PRIMERA PARTE

LAS EVOLUCIONES VIOLENTAS

CAPITULO I

El País

El territorio de México se extiende entre la curva inferior del Golfo Mexicano y la otra más larga y abierta que limita al Sur y al Oeste las aguas del Océano Pacífico. Puesto así entre los dos mares, libres y fáciles vías hacia Oriente y Ocaso, parece que fué destinado en el mundo nuevo a intermediar entre los viejos mundos que conoció la antigüedad y a ser la estación forzosa del intercambio universal.

Por el Norte, sin accidente geográfico que la acredite y confiada sólo a las diferencias de idioma, de raza y de alma de dos pueblos, la frontera de los Estados Unidos se dilata en larga línea por una enorme extensión de tierras, solitarias casi siempre, y en gran parte áridas; mientras por el Sur el territorio, de espléndida fecundidad, se estrecha considerablemente, y permite que se articule en él el eslabón de la América Central, que parece puesto adrede para juntar en uno los continentes gemelos.

En esas cuatro líneas encierra el país su territorio de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados, con un suelo a que dan variedad sin ejemplo en el mundo, la combinada influencia de la latitud y las alturas, de la posición geográfica y los accidentes físicos.

Entran por la parte superior las grandes cadenas de montañas que corren del Continente del Norte, se encrespan sobre el Oeste en la región de Sonora y Chihuahua, hacen surgir sobre el mar la prolongada cresta de la Baja California, y más allá de las monótonas planicies que se dilatan de Texas al Sur, todo el suelo se levanta entre dos cadenas que se acercan para sustentar el suelo, como una manta suspendida de los picos más elevados. Las sierras bajan poco a poco hasta abatirse por completo en el Istmo de Tehuantepec; pero a poco surgen de nuevo en el extremo inferior de Veracruz y Oaxaca, para llenar en Chiapas casi toda la anchura del Continente y perderse en Centroamérica en un nuevo sistema de montañas.

En ambos mares y en toda la extensión de ambas costas, entre las aguas del océano y el primer escalón de la sierra, se extiende una franja de terreno casi siempre de asombrosa feracidad, y que forma planicies de gran extensión, bajo un clima ardiente y seco; más adentro, los contrafuertes de las montañas comienzan a levantarse, por lo general suavemente o a veces por escalones bruscos, y mientras el suelo sube, el clima se suaviza, la naturaleza muda de aspecto y ofrece condiciones de producción enteramente distintas; continúa el ascenso hasta cumbres muy altas, y allí comienza el descenso hacia el centro del territorio para formar las planicies de la tierra templada, unas veces sinuosas e interrumpidas, otras extensas y uniformes,

que fueron quizá lechos de grandes lagos en el largo período de la construcción del globo. Las aguas, que en más de una ocasión rompieron el dique de la sierra, quebrándola en acantilados gigantescos, en otras salieron lentamente por cauces hechos al desgaste o por seculares filtraciones.

Una parte del país está en la zona templada; la más poblada y productiva está abajo del trópico; pero la altura de ésta predomina sobre las condiciones de latitud, de tal suerte que el Barón de Humboldt consideraba en los primeros años del siglo XIX que dos quintas partes del territorio gozaban de un clima fresco y agradable. Según él, la temperatura media de las planicies de las costas intertropicales, sube a 77° Fahrenheit y en las mesetas que se elevan de 1,200 a 1,500 metros, reina una primavera constante con leves oscilaciones; entre estos dos climas hay una escala de temperatura en que el hombre vive sin que el ambiente sea un castigo, y siempre sin cambios bruscos dentro de una estación ni alteración profunda de una estación a otra. El aire es transparente; el cielo, hermoso durante todo el año, no tiene las inclemencias de los climas del Norte, que obscurece la niebla y deja caer sus tempestades de nieve. La naturaleza muestra sus cambios, que nunca llegan a transformaciones, en un remedo de invierno, sobre las regiones altas; en las medianas, el otoño casi no modifica los campos y sólo se percibe la renovación primaveral por la fauna alegre; en las bajas la vegetación lujuriosa y llena de vigor, es perdurable.

Se comprende en un territorio casi llenado por montañas y que en lo general no tiene lluvias abundantes, o sólo duran, donde las tienen, una época del año,

que no haya grandes ríos navegables; las aguas descienden con rapidez de las alturas, diseminadas por los accidentes del terreno y precipitándose por los escalones de las sierras, en pequeñas corrientes que dan en belleza lo que niegan de utilidad al tráfico, y caen de trecho en trecho, llevadas en cauces pedregosos y sonoros, para morir en los bajos de la costa. Unos cuantos ríos navegables para pequeñas embarcaciones se forman con la afluencia de las corrientes superiores, sólo se encuentran en la parte sudoriental del territorio, y son de longitud escasa. En cambio de esta desventaja, los torrentes que bajan sobre los taludes de la vertiente del Golfo, y quizá más todavía los que caen sobre la del Pacífico, ofrecen a la industria del porvenir una potencia hidráulica de capacidad enorme, distribuida a lo largo de todo el país, que da a éste condiciones excepcionales para aprovechar lo que se ha llamado la *hulla blanca*.

La riqueza del suelo mexicano, proclamada por el emperador Iturbide, cien veces encarecida por Santa Anna para adular a los pueblos, y que llegó a ser un dogma cuya negación era herejía peligrosa, se suponía enorme, al alcance de la mano y por ende causa de la envidia y móvil de la codicia de las naciones extranjeras. Era una exageración dañosa, sugerida por la multitud de recursos con que el suelo invita, y que, si acaso tiene par en el mundo, no tiene, de seguro, ejemplo que la supere. Todas las materias que la naturaleza rinde para el alimento, el vestido y la habitación del hombre se producen o pueden producirse en México; todas las que erigen la industria y las que

ésta transforma y pone al servicio de las necesidades comunes, de las que el mejoramiento necesita y aun de las que el refinamiento exige. Tan rica variedad no está, por lo común, acumulada en regiones privilegiadas, sino que la mayor parte se halla diseminada en el país, y con frecuencia se juntan a trecho corto, casi abarcable a la vista, productos agrícolas que requieren climas y condiciones diversas. La caña de azúcar, el cocotero y el hule distan poco del trigo y la cebada; el café toca los límites de unos y otros; el maíz está en todas partes; las frutas tropicales indígenas más hermosas se juntan en todos los mercados con las de los climas fríos, que vinieron de Europa. Todas las materias textiles, desde la seda al lino, del algodón a la pita y al henequén, dan sus rendimientos a industrias domésticas o llevan al exterior grandes cargamentos; y a veces un nuevo producto, desconocido en el mundo, cría riqueza inesperada, como la del guayule en las regiones que se creían olvidadas de la naturaleza y privadas de sus dones. En metales, desde los preciosos que han hecho su fama universal, tiene México, hasta el hierro que habrá de fundar sólidamente su industria; y tal es la variedad de los minerales, que cabe preguntarse si hay metal conocido que no se encuentre en el seno de sus montañas. Para la habitación hay canteras de toda especie, granitos de colores, hermosos mármoles, maderas de construcción y las más bellas de ebanistería. En aceites minerales es tal la riqueza del subsuelo, apenas explotado todavía, que ya México se considera la segunda nación productora de petróleo y se le tiene por la más rica de todas. La hulla negra se encuentra en muchas re-

giones, y quizá antes de que su explotación llegue a formalizarse, la evite, por inútil, la utilización de la fuerza hidráulica que, de los ríos siempre rápidos y de los torrentes poderosos que bajan de las cordilleras, puede obtenerse en potencia incalculable y transmitirse por alambres a todos los lugares de consumo.

No es nuestra la observación; pero queremos repetirla y subrayarla: si México quedara solo en el planeta, ninguna materia faltaría para que el hombre continuara su vida normal, ni para seguir el desenvolvimiento que reserven los siglos a la civilización humana. Esta variedad es la que produjo el deslumbramiento de la riqueza fácil, enorme, inagotable, en la imaginación popular, por una explicable confusión; pero ¿no es acaso la simple multitud de medios una fuente especial de riqueza? ¿Y no será, en el porvenir secular de las naciones, riqueza fundamental, el poder de bastarse una a sí misma, sustraída a los embates y crudezas de las luchas comerciales más duras?

La condición primera y dominante de México es la belleza, que se impone al viajero, que influye en los moradores y que trasciende en los relatos del Barón de Humboldt y de cuantos le han sucedido como narradores de viajes al través del país. La belleza se aquilata con una variedad de aspectos y perspectivas incesantes, y muchas veces bruscas, que hacen del territorio un muestrario de cuanto tiene (incluso lo malo), el globo terrestre. Bajo un cielo esplendoroso de luces y colores inconstantes, que cambian también de un lugar a otro, y que luce cien veces en el año

un manto azul con todas las estrellas que la vista alcanza, el horizonte tiene siempre montañas que lo cortan en líneas en que participan desde las altas cimas de nieve que embellecen la mesa central, hasta las colinas onduladas que limitan el campo en las costas. Los valles se alteran con cerros destacados, aun en el de México en que la capital se asienta; hondas cañadas que llevan un río en el fondo, se ladean por caminos hechos a tajo, con el talud del precipicio a los pies del viajero y la cima inaccesible arriba; es frecuente el espectáculo desde la garganta de la sierra, de un primer término crizado de montes como cuñas invertidas, dejando una abra por donde se ensancha la vista sobre los campos verdes de la costa, y en el fondo la franja azul del mar; y es frecuente también, cuando se va sobre el espinazo de la Sierra Madre o se traspone la vertiente, la perspectiva de una sucesión de montañas inferiores que se dilatan sin término, como si cumedio de una tempestad cósmica, una súbita condensación hubiera paralizado la materia.

En las costas, un clima ardiente, bosques impenetrables en que descuellan las palmeras variadas, llanuras tersas y extendidas a nivel, cerradas bruscamente por nuevos bosques, ríos mansos y tortuosos con frecuencia, sureando tierras pantanosas por las avenidas del verano, y que dan con su ramaje verde alimento a los ganados en la seca. En las primeras estribaciones de la montaña, y también en los lugares bajos de las mesetas interiores, bosques de árboles corpulentos en campos fragosos u ondulantes, torrentes o arroyos de aguas limpias y algunas corrientes de importancia

para necesitar la embarcación a falta del vado, aire más benigno y noches frescas y hermosas. En lo alto, arriba de los mil metros de elevación, y sobre todo, de los mil quinientos, la temperatura suave, a veces fría, cambia el aspecto de la naturaleza, de los cultivos, de las habitaciones y de las costumbres; el agua está en los lagos, que suelen ser de singular belleza, como los de Suiza, sin importancia comercial, y en escasas corrientes que mueren con el verano, o que amenguan mucho en el invierno. En el Norte, las planicies sedientas del desierto solitario se mudan en montañas boscosas en sus confines; en el centro y en la cordillera que corre al Sur, el espinazo de la sierra tiene la aridez ingrata que sólo adornan los cactus de especies diversas, algunas gigantescas y todas reproducidas con fecundidad que llena grandes extensiones. En el Sur, junto a la vega que bordean los platanares, a pocos minutos de andadura, las colinas llenas de encinares y de pinos enhiestos. Y para que todo contribuya a la variedad en las múltiples manifestaciones de la vida, en todo el territorio que así ha diversificado la constitución física, se derraman pueblos que, con un parentesco visible, tuvieron siempre diferencias raciales de tipo, lenguas distintas, distinto carácter, y diferencias de hábitos, tendencia y régimen; pueblos que, aunque inferiores en desenvolvimiento a sus conquistadores y a la raza nueva que de su mezcla procedió, han comunicado algo de sus condiciones especiales al pueblo nuevo, han dado acento especial al lenguaje de cada región, diversificado los alimentos comunes, y aun caracterizado las costumbres de algún modo.

El hombre debe al aire que respira, al suelo que

pisa, a los panoramas que lo rodean y a toda la constitución física de su país, una parte principal de su carácter y a su carácter debe su historia. El mexicano no encuentra en nada de lo suyo la monotonía de la uniformidad, ni siquiera de la homogeneidad; así, en tanto que para el argentino cualquier lugar de la pampa es indiferente y para el norteamericano es lo mismo cualquier sitio de las planicies centrales y cualquiera de sus ciudades de uniformidad mercantil, para el mexicano el terruño tiene fisonomía, lengua y alma: se apega a él, se identifica con él y lo ama como cosa de familia, de los abuelos, de los dioses que protegen. De ese amor fetichista pasa al de su región, luego abarca con su afecto provincialista el Estado y pasa a la concepción de la patria (cuando llega a conocerla), envolviéndola, no en vanidad, que desautorizan su atraso y su historia, sino en amor que enseñó el terruño, que ensanchó el conocimiento de los pueblos hermanos y que encienden las desventuras de la patria común. Así se ha formado el patriotismo mexicano, vehemente y explosivo, sin madurez que sólo da la educación, supeditado a la codicia y a los rencores, que no ha sabido, por regla general, sacrificar la ambición, pero que nunca ha negado el sacrificio de su sangre.

El terruño en México ata al individuo y arraiga a las familias, que emigran poco; la familia se estrecha y tiene lazos que dan a los pueblos el aspecto de reunión de hogares que ha llamado la atención de varios escritores extranjeros recientes; el parentesco se conserva reconocido a muchos grados de distancia, como en las sociedades patriarcales, modelos de unión; prevalece de este modo el sentimiento sobre el impul-

so de acción, a la riqueza se prefiere el bienestar, un cambio de residencia dentro del propio país es sacrificio de lo más caro; la facultad productora se enerva y sólo se ejercita en lo que es posible hacer sin penas tales.

El predominio del sentimiento engendra la propensión artística más bien que la del trabajo activo y de empresa, y aquél encuentra auxiliares en las bellezas derramadas por todas partes, en la suavidad del clima, en la naturaleza que se muestra a los ojos, habla a los sentidos y convida a vivir. Los extranjeros sienten la influencia del medio y de todos los elementos que los han formado, y llegados para las funciones de una actividad ambiciosa, reciben el contagio, ceden al halago del carácter de la sociedad que los hospeda y sin tomar papeles de naturalización, se aficionan al pueblo y a la tierra, y o se quedan en ella o no la olvidan cuando se ausentan.

Ni el pueblo de hoy ni el que más tarde ocupe el territorio que así formó la naturaleza, podrá creer nunca que la vida se dió al hombre para taller de trabajo incesante que enriquece, ni que la riqueza es el fin único ni siquiera el superior de la vida.

No es aquel pueblo hijo de la aventura, de padres desconocidos que le negaron los lazos de familia; las cosas que lo rodean trazan su genealogía y le cuentan su historia en forma solemne e íntima, que enciende la imaginación y el sentimiento. Los monumentos admirables de la civilización proscrita, relatan la grandeza de una raza, en las ruinas de Uxmal, de Palenke de Mitla, de Teotihuacán, en cien más; los *cúcs*

se elevan en mil lugares, tumbas quizá de los abuelos; los museos están llenos de objetos que pasaron por los hogares de la raza vencida, y no es extraño que el labriego en su labor voltée con el arado un ídolo roto. Las hermosas catedrales y suntuosos templos de las ciudades, de las poblaciones de segundo orden y aun de pequeñas aldeas, enseñan la obra, recuerdan las hazañas de los conquistadores, la dominación de la raza advenediza y civilizadora, y muestran a los ojos del pueblo modelos admirables de arte que despiertan el amor a lo bello y se enaltecen con el color y el misterio de los siglos. Los edificios públicos de la administración colonial, los palacios de los ricos fastuosos de la época, o prevalecen en las ciudades o influyen poderosamente en el tipo de construcciones posteriores; y en el campo, la vieja casa de la hacienda es la misma que levantó el colono español o la hizo construir el nieto sobre el modelo de la antigua. Y así, monumentos prehistóricos, ídolos regados, edificios coloniales, acueductos viejos y ruinosos, pedazos de puentes rotos por la corriente, pequeñas iglesias de doble campanario en el campo, todo liga al pueblo de hoy con las generaciones muertas de las dos razas que le dieron su sangre y su tipo, sus vicios y sus virtudes, sus preocupaciones y sus conocimientos; todo somete al pueblo de hoy a la influencia de lo pasado, formando, con la unidad en el tiempo, la comunidad de la familia nacional.